

yo que soñaba... ¡Ah! ¡Los miserables! ¡Los cobardes! ¡Y yo me he entregado á este hombre! ¡Y hasta hoy he creído en su amor! ¡Su amor! ¡Soy bella! ¡Esto es todo! ¡Y me ofrece dinero! ¡Hace bien! ¿Soy acaso para él otra cosa que la prostituta del arroyo que antes de conocerme pagaba para que escitase sus sentidos?

—Pégame, destrózame, mátame, decia él devorándola con los ojos; no por eso dejarás de ser mas adorable todavía.

—¡Cobarde! repetia ella sin alejarse: tu adoracion no llega á inspirarte el valor de afrontar la miseria, de resignarte al trabajo! Ni el valor siquiera has tenido de desafiar mi resistencia, de venir á decirme cara á cara:—Esto es lo que pienso hacer! Has firmado ese contrato furtivamente, á escape, lejos de mí; ¡me has herido cobardemente, sin prevenirme! ¡Ah! te desprecio... y hay otra persona á quien desprecio mas todavía que á tí mismo; á mí propia!

XIV.

De pronto, se oyeron golpes en la puerta del cuarto, que comunicaba con el salon. Y al mismo tiempo, una voz gritaba por el ojo de la llave:

—Vandelle, Vandelle, ábrenos, ya sabemos que estás ahí, que te hallas encerrado con una mujer; esto ni es justo, ni cortés; somos tus comensales; no tienes el derecho de abandonarnos.

Otra de aquellas mujeres, daba al propio tiempo golpes acompasados en la puerta, é imitando la voz grave de un comisario de policia en el ejercicio de sus funciones, exclamaba:

—¡Abrid en nombre de la ley!

—No abriré, respondia Vandelle.

—¿Y por qué no ha de abrir V., dijo resueltamente Ester Sandraz. ¿Por qué no han de entrar esas señoras? ¿Porque

estoy aquí? No soy ya de su clase? ¿No soy como ellas?

Y rechazando violentamente á Vandelle que intentó detenerla corrió á la puerta, descorrió el cerrojo y abriendo dijo:

—Entren Vds. señoras, yo se lo ruego!

XV.

Todas aquellas mujeres se precipitaron en el gabinete, así que la puerta se abrió. Pero al apercibir á Ester se detuvieron. Habian comprendido que no se hallaban en presencia de una mujer de su clase. La palidez, la actitud de Vandelle, los esfuerzos que parecia hacer inútilmente Ester Sandraz para recobrar su sangre fria, el temblor nervioso que la agitaba, los relámpagos que lanzaban sus ojos, les decian tambien que acababan de presentarse en pleno drama, que presenciaban una situacion de las mas violentas. Y finalmente, la deslumbradora belleza de Ester las imponia: á pesar de su amor propio femenino y la confianza que en sus propios encantos tenian, á los cuales tantos habian rendido homenaje, sentianse inferiores, avasalladas ante aquella espléndida estrangera.

Ester, lejos de hacerles comprender la distancia que de ellas la separaba, habia resuelto por el contrario, ponerse á su nivel, derribar todas las barreras materiales y morales que entre ellas se oponian.

De pié, apoyada en la chimenea, alta la cabeza, y mirándolas fijamente, les dijo con acento breve:

—Señoras, debo pedirlos que me disimuleis. El criado de M. Vandelle habia creído deber cerrar la puerta de este gabinete, poner un obstáculo entre nosotras, relegaros al salon, impedirnos entrar aquí! ¿Por qué? No os hallais en casa de M. Vandelle con iguales títulos que yo? ¿Debe existir línea de demarcacion

entre nosotras? No por cierto. Lo que hoy me sucede debe haberos sucedido á todas. Habeis amado... habeis creido...

Detúvose. El silencio que reinaba en torno suyo, no fue interrumpido: mirábanse unos á otros y mirábanla todos.

Continuó diciendo:

—Sois bellas, muy bellas: yo tambien... Se han dignado hallaros preciosas... pero esto ha durado algunas semanas ¿no es cierto? y luego, como es necesario acabar moral y religiosamente la vida de soltero y sobre todo cuidar de la fortuna... el hombre se os ha casado... ¿Os acordais? Entonces habeis sido rodeadas de mil cuidados, de mil prevenciones cariñosas... tal vez, para engañaros mejor, para apagar vuestras sospechas, vuestra vigilancia, se os han hecho regalos... regalos que habeis recibido!

De repente, dirigiendo sus miradas hácia los brazaletes que ceñian sus muñecas y el collar de perlas negras con su gran medallon adornado de brillantes, que pendia de su garganta:

—¡Ah, exclamó, con rábia, olvidándose de que la oian: ¡estas alhajas! ¡Cuando recuerdo que me habia adornado con ellas en su obsequio!

Entonces, apretó vivamente los resortes de los brazaletes y del medallon, arrancó el collar de su garganta, tomó en sus manos las alhajas, las arrojó violentamente al suelo y volviéndose hácia Vandelle, exclamó:

—Ahí tiene V. lo suyo! No quiero llevar nada de esto! Es de V.; puede V. recogerlo! ¡Recójalo V.!

Y como quiera que Vandelle refugiado en un rincon de la sala, permanecia silencioso, inmóvil, agobiado, volviósese hácia las mujeres, diciéndoles:

—Si él no las quiere, cójanlas Vds.; permítanme que les ofrezca estas alhajas en recuerdo de mi visita á Vds.; soy vuestra igual, vuestra compañera, y entre amigas, bien pueden hacerse regalos!

Nadie hizo un gesto, nadie levantó su voz; entonces, ella cansada de hallarse en escena, cogió su mantilla, se la puso precipitadamente, y tomando el albornoz blanco con el que habia entrado cubierta en el gabinete, se dirigió hácia la puerta que comunicaba con la antesala.

Ya en el dintel, se detuvo, se volvió y lanzando á Vandelle una mirada profundamente desdeñosa, le dijo:

—Adios, caballero; me alegraré que sea V. muy feliz en su matrimonio!

Durante un instante, marchó con paso firme; de pronto, vaciló...

Precipitáronse hácia ella, pero al llegar á su lado, habiase ya erguido y murmuraba:

—No, no necesito á nadie: soy fuerte, soy valiente y deseo vivir..!

XVI.

Un momento despues, la puerta de la habitacion se cerró con estrépito.

—¡Magnífica salida! dijo Blanca.

—Sí, pero esta escena ha turbado nuestra alegría, repuso Luisa; me voy á casa... Ya son las dos de la madrugada!

—Las dos de la mañana! exclamó Raynal, que hacia mucho tiempo se hallaba dormitando en un sillón y acababa de despertarse; ¡las dos de la madrugada, y mañana tengo un informe! ¡Mi sombrero! ¡Pronto! ¡Mi sombrero!

Despues, reanudando sus ideas en el punto en que habian quedado al dormirse, una hora antes, continuó diciendo:

—Señoras y señores: si alguna vez teneis que ver algo con la justicia, por alguna contravencion, por algun delito, por por algun crimen, venid sin temor á sentaros en el banco de los acusados. Yo respondo del éxito de vuestro proceso!

—Gracias, gracias, dijeron todas las mujeres.

—Creo que no tendré necesidad de molestarte, repuso Berta.

—¡Quién sabe lo que puede suceder! replicó Raynal; el amor, la pasión, conducen al crimen á las naturalezas más linfáticas. Siempre conviene tener un abogado amigo. ¿Y mi sombrero? ¿Dónde está mi sombrero?

—¡Si lo tienes en la mano hace un cuarto de hora! le dijo Luisa.

—Verdad es. Gracias.

Encontró la puerta á trompicones, salió y desapareció.

En cuanto á Julieta, como mujer prudente y conocedora en joyería, recogió las alhajas esparcidas por el suelo, y murmuró entre dientes: «¿Por qué se ha de perder esto?»

XVII.

La disculpa dada por Enrique Vandelle á Ester Sandraz para no casarse con ella, era cierta. ¿Verdaderamente, habia disipado la herencia materna? Sí; el naufragio era completo; ni un solo resto flotaba. Vandelle se consolaba, diciendo que al menos habia vivido diez años, y que á la fuerza habia debido poner mucho orden en aquel desorden, para hacerlo durar tanto tiempo. Al que se admire de que, guapo mozo como era y le hemos descrito, gozando de salud robusta, con suficiente inteligencia y con una experiencia consumada, la vida parisiense le habia sido onerosa, rogarémosle que eche una mirada al precioso estudio de Eugenio Chavette: *Las comedias del vicio*. En él encontrará á dos primos dotados de igual fortuna, pero de condiciones físicas distintas. El primero conoce su fealdad, y para hacerséla perdonar, pasa á su querida una respetable pensión mensual; el segundo es guapo; lo sabe, y cree que siempre puede pagar con su persona. Un día, echan cuentas: el pri-

mo feo nunca se ha escedido de su presupuesto, y sin embargo se ha visto colmado de caricias, de atenciones, de respeto. Era engañado, pero secretamente, con buenas formas, sin que esto hiriese su susceptibilidad, cuando se ausentaba. El Adonis, por el contrario, habia sido, sin cesar, sacrificado por su bella, que como mujer de orden, preferia lo útil á lo agradable. Pocas veces sonaba para él, *el cuarto de hora célebre*; nunca habia tiempo para recibirle, ni posibilidad de conservarle. Arrancábanse de sus brazos con desesperación, pero arrancábanse con frecuencia, y siempre mal á propósito. Se le adoraba, pero solamente con intermitencias, cuando el capitalista dejaba de adorar, y este hay que decir que contaba las adoraciones por series. A pesar de esta vida de sacrificios, estas privaciones frecuentes, esta existencia de hambriento que le hacia pensar en los naufragos de *La Medusa*, se habia completamente arruinado en giras campestres, en cenas, en cuentas de modista, en regalitos, en alhajas, en mil detalles de esta clase. En resumen, conviene que cada cual sepa subvencionar sus vicios y ordenarlos en cierto modo; existe una clase en la sociedad donde el papel de banquero es más ventajoso, y más agradable, que el de galán joven, cuando por supuesto el enamorado es un hombre digno; porque aquí no se trata del héroe del drama de Dumas hijo; Mr. Alfonso es un tercer papel.

Vandelle, amado por sí mismo, en su calidad de guapo joven, habia visto pues, abrir una brecha en su herencia, por una porción de dientes encantadores, pero agudos y muy hábiles en quedarse con el trozo mordido. Nunca le habian pedido nada; siempre, por el contrario le decian: Entre nosotros no es cuestión de interés. Pero tanta abnegación bien merecia recompensas: y él las habia dado en forma de alhajas, y tanto desinterés le habian mostrado que los escaparates de muchos plateros habian quedado vacíos para pagarlo.

Además, que á él le gustaba vivir bien; su robusta salud, su

apetito sólido, no le impedían que se mostrará sensible á los refinamientos de la mesa. Buscaba en invierno lo que solo dá el verano, y prefería el vino caro al ordinario. Era un montañés cruzado de parisien, un espartano de Atenas. No desdeñaba una habitacion bien situada, grande, con un lujoso mobiliario; objetos de arte, un caballo en verano, un cupé en invierno, y una partida de caza de vez en cuando, en recuerdo de sus primeras aficiones.

El día en que vendidos la mayor parte de sus valores, y echadas cuentas, solo pudo disponer de unos cincuenta mil francos, quedóse pensativo; era quizás la primera vez en su vida que se daba el lujo de pensar. Pero no era hombre para meditar mucho rato; su temperamento no se lo permitía. Consideró que cincuenta mil francos en manos expertas, representaban millones. El juego había sido para él hasta entonces un mero pasatiempo: resolvió hacer de él una carrera. Pensó que podía citar entre sus relaciones, mas de diez personas, que sin medios de existencia conocidos, sin ser rentistas ni propietarios, ni trabajadores, disfrutaban, gracias al juego, al juego leal, por supuesto, una cómoda posición. Pero no reflexionó, tal vez, que estas personas, por numerosas que sean, son, sin embargo, escepciones en el mundo de los jugadores. Pueden dividirse en dos clases muy distintas: los afortunados y los hábiles. Los primeros, llegan á Monte-Carlo, se acercan á una ruleta y arrojan algunos luises sobre un número; el número sale y reciben el máximo. Pasan al treinta y cuarenta, buscan la série, encuentran doce rojos, ganan un paquete de billetes y recojida la cosecha, toman el portante y el tren exprés.

Los hábiles proceden de otro modo. Son, por lo general, personas linfáticas, á quienes el sistema nervioso no incomoda en lo mas mínimo; no obedecen á ninguna súbita inspiracion; se trazan una línea de conducta y de ella no se apartan nunca. Para ellos, el juego es un oficio como cualquiera otro, un

poco mas penoso que otro cualquiera, y nada mas: algunos hasta llegan á considerarle como una institucion. Segun su razonamiento, el hombre que arriesga una pequeña suma para con ella ganar una cantidad respetable, no merece consideracion alguna; porque forzosamente ha de llegar una ocasion, en que perderá la grande y la pequeña suma. Partiendo de este principio, acuden todos los días, con regularidad, á sentarse ante una mesa de juego en su círculo acostumbrado. Sacan veinticinco luises de su bolsillo, y con este dinero, sábiamente dividido en varios montoncitos, discretamente conducidos, arriesgados con cuidado, no tienen mas que una sola pretension: ganar cinco. Y lo consiguen algunos minutos, si la fortuna les sonrie desde su aparicion; en una hora ó dos, si les es contraria al principio. Cinco luises, al cabo de un mes, forman tres mil francos; tres mil francos al mes dan treinta y seis mil al año, ó treinta mil descontando algunas pérdidas de veinticinco luises que suelen ser muy raras. Tal es su renta, que está al abrigo de las revoluciones. Los inquilinos y los colonos pueden ser morosos en el pago de sus arriendos; la filoxera puede devorar las viñas, el Estado cerrar el Gran Libro; siempre habrá círculos, casinos y jugadores para proporcionarles su rentita diaria.

Pero Vandelle no pertenecía á la primera categoría de jugadores; los afortunados. Buscaba un número en la ruleta, durante tres horas, sin que apareciese; tenía el número recalcitrante. Tallaba una banca, y la abandonaba en el momento en que la suerte iba á declararse en favor suyo. Todo el mundo no es perfecto. Tampoco pertenecía, á causa de su temperamento, á la otra clase de jugadores: los hábiles. Su sangre circulaba vivamente, sus nervios se hallaban sobrecitados; su naturaleza era ardiente; su complexion demasiado brutal para esperar con paciencia los caprichos del azar, llamarle con dulces palabras, acariciarle, y contentarse luego, despues de tantos esfuerzos, con un favor demasiado pequeño. Así es, que perdió en algu-

nas semanas, sus fondos en metálico: sus últimos billetes de Banco uniéronse á los primeros que los reclamaban á voz en grito.

XVIII

Y en la época de su ruina definitiva, fue cuando encontró á Ester Sandraz. Esta distrajo algun tanto su fastidio: permitióle aturdirse, olvidando su situacion, y sobre todo fue causa de que tuviera necesidades menos imperiosas de dinero. Estas nuevas relaciones no le causaban gasto alguno: permitíanle, al contrario, hacer economías; absorvido por la corte asidua que hacia á Ester, mas tarde por su luna de miel, fue suprimiendo poco á poco cuerdas, coches, juego y relaciones costosas. Los últimos restos de su fortuna, ese crédito que queda algun tiempo despues de terminada una existencia brillante, á la manera que un largo crepúsculo sucede á un bello sol poniente, le bastaron para pagar su alquiler, vestirse, y ofrecer de vez en cuando, el ramo de violetas de las mujeres honradas.

Un dia murió Mr. Vandelle, padre. Significaba esto, una nueva herencia que recojer, y que la fortuna de Vandelle iba á tomar un aspecto nuevo. Pero no fue así: mientras que el hijo se arruinaba con hermosas industriales, el padre hacia malos negocios en la industria. Nuevas fábricas mejor montadas que la suya se habian establecido en la Alta Garona, y acaparaban todos los parroquianos. Luchó, no obstante, durante mucho tiempo. Era un sólido trabajador, obstinado, tenaz, rudo para todos como para sí mismo; tomó un asociado, dióle una parte soberbia, y le hizo trabajar como él mismo trabajaba, lo cansó, y no tardaron en enterrarle. Pero él murió á su vez, y como el asociado tenia una hija, esta heredó la mejor parte de la fábrica.

Vandelle supo todas estas cosas en Montréjeau, á donde se habia dirigido. Desesperábase en los brazos de su notario, un antiguo amigo de la familia, y un hombre hábil, cuando este funcionario le afirmó que nada era tan fácil como devolver á la fábrica, su antiguo esplendor, reconstituyendo así una nueva fortuna. Toda la cuestion consistia en ajustar buenos ingenieros, ponerse al corriente de los progresos de la ciencia, y casarse con Enriqueta de Loustal, hija del antiguo sócio de M. Vandelle padre. Enrique Vandelle llevaria en dote la parte que le quedaba de la fábrica, su actividad, su trabajo, su nombre conocido en el país, mientras que la señorita Loustal aportaria la otra parte de propiedad que le dejó su padre. Mientras que se le hacian estas proposiciones, Vandelle encontró por azar á la señorita de Loustal, y en lugar de la cursi colegiala que se habia figurado, encontró una jóven bien educada, muy bonita y relativamente elegante. Sin embargo, quiso tomarse tiempo para reflexionar; pasar del bulevar de los Italianos á Montréjeau sin transicion; de calavera á director de una fábrica, no era por eso lo que mas le atormentaba. De la fábrica conocia todos los detalles; habia nacido en el país, habia ascendido á las montañas que le rodeaban; amaba todo esto con toda la fuerza de los primeros recuerdos, de los primeros amores. La vida tormentosa, enervante; febril que llevaba hacia diez años, le habia preparado perfectamente hácia un retorno á sus años primeros, á las grandes cacerías en las montañas, al aire vivificante de las altas cimas, á la sublime contemplacion de las nieves eternas.

¿Pero y Ester Sandraz con quién debia casarse? Se lo habia prometido y estaba decidido á ello. ¡En medio de su pobreza ¿qué otra idea mas inteligente podia concebir? Ester no le hubiera acaso ayudado á soportarla, casi á hacérsela olvidar? Además, si no amaba á Ester, como merecia ser amada, con todo su corazon, la amaba á su manera, con toda la exaltacion de sus

sentidos. Era un amor de cabeza, concedido, pero la cabeza así como el corazón, se exalta, arde, se congestiona: lo mismo se muere de una apoplejía que de un aneurisma.

¿Y tendría el valor de separarse de aquella, cuyo solo recuerdo hacia arder su frente y palpar sus sienas?

Sí, pero la pobreza en París, en esa ciudad de lujo, largo tiempo testigo de su esplendor, mientras que allá abajo se le ofrecían sus placeres de otros tiempos, una fortuna nueva, y además una mujer preciosa...!

Reflexionó largo tiempo. Ya conocemos el resultado de sus reflexiones.

XIX.

El partido que tomó y las proposiciones que se atrevió á hacer á Ester, probaban dos cosas: en primer lugar, la vida de París, durante diez años, el abuso de los placeres, habían ahogado en él el sentido moral. Su parte material, digámoslo así, se había desarrollado exageradamente, en detrimento de la moral. En segundo lugar había estudiado de tal modo á Ester, bajo el punto de vista plástico, que se había olvidado de sondear su corazón; ella, por otra parte, era absolutamente incapaz de aceptar los arreglos que en su deseo de conciliarlo todo, amor é interés, él había imaginado.

Cuando quedó solo, después de la dramática salida de Ester, tal vez no sintió muy vivamente lo que acababa de pasar. En suma, una confesión penosa, terrible, que él hacía mucho tiempo que no se atrevía á arriesgar, había se ya escapado. La situación dibujábase clara, franca, precisa. Ester le había devuelto su palabra. Él no pretendía más que una semi-libertad y se la daban completa: podía marcharse á los Pirineos,

unirse con su novia y convertirse en el espacio de pocos años en opulento millonario.

Al día siguiente, al otro, al encontrarse con la cabeza despejada, reposado, con el pulso regular, hasta llegó á creer que se había hecho ilusiones acerca de la violencia de su amor á Ester: tal vez estas últimas relaciones, no dejarán más huellas en su existencia que las anteriores.

Todo sangre, todo nervios, dotado de pasiones movibles como el viento, pensó espulsar el recuerdo de Ester con una realidad, del mismo modo que se cambia un clavo viejo por otro nuevo. Enriqueta de Loustal sería la realidad; una realidad encantadora, rubia dorada, lo cual formaba gran contraste con el tipo moreno de Ester. Era deliciosa aquella provinciana de sangre viva, de grandes ojos azules un tanto soñadores, perfil de virgen, garganta preciosa y delicada, hombros redondos, cuerpo lleno de promesas, talle elegantísimo. ¡Qué placer para un parisien gastado, arrancar para sí aquella bella flor de la montaña. No cabe duda en que su temperamento participaba algo de las eternas nieves junto á las cuales había nacido, conservaba todavía la frialdad de la tierra que la había hecho brotar. Pero no era un delicioso goce transportarla á tierra más caliente, contemplar su desarrollo bajo un rayo de sol y otro de amor? Involuntariamente el prosáico Vandelle se poetizaba.

Sin abandonar el dominio de la poesía, y continuando su símil, Vandelle decía á sí mismo que también Ester había sido una flor encantadora cuyo perfume había él aspirado antes que nadie. Pero era una flor de los trópicos, luminosa, venida al mundo en pleno sol. Estas flores no es preciso cultivarlas; nacen, crecen bajo el abrasado cielo, evitan la sombra y el misterio corren por sí mismas en busca de las caricias y los besos del sol. Vandelle había encontrado en Ester una adorable querida, convertida de virgen á mujer en solo un día, sin necesi-

dad de iniciacion alguna, revelándose espontáneamente, instintivamente. En Enriqueta, por el contrario, iba á encontrar la vírgen ruborizándose al aprender, turbándose al saber, adorable tambien en su rubor, casta en su abandono, siempre vírgen en su alma.

XX.

Gracias á estos hábiles paralelos, todos en ventaja de Enriqueta, consiguió en el término de tres dias, si no olvidar á Ester, puesto que la evocaba sin cesar para compararla con su novia, al menos hacer menos doloroso y punzante su recuerdo. Pero al cuarto dia, la imágen de Enriqueta aparecióle menos clara, sus rasgos se fueron borrando poco á poco, se velaron con una ligerísima bruma. Deseaba construirlos con el pensamiento, y aquella niebla hacíase cada vez mas espesa. Buscaba los grandes ojos dulcísimos de Enriqueta, y brillaba ante su imaginacion la mirada ardiente y profunda de Ester. Evocaba la sonrisa meláncolica de su futura, y veia los lábios húmedos, sensuales, rojos, entreabiertos, de su antigua querida. Cerraba los ojos para borrar esta vision, ponía las manos sobre su boca para que aquellos lábios ardientes que parecian buscar á los suyos, no pudieran acercarse pero, ¡esfuerzo inútil! separábanse las manos por sí mismas; y Ester Sandraz triunfaba. Apelaba él entonces desesperadamente á sus antiguos recuerdos obligaba á la obediencia á su imaginacion rebelde, y conseguia volver á contemplar el cuerpo esbelto, el talle elegante y delicado de Enriqueta. Levantábase; corria hácia ella, pretendia estrecharla entre sus brazos, contra su corazon, para protegerse de este modo contra sí propio; pero Enriqueta se le escapaba, huía, volvíase al cielo de donde habia bajado, y quedaba entre sus manos el cuerpo voluptuoso de Ester; estrechaba contra su seno, el pecho admirable de su abandonada querida.

XXI.

Pronto tuvo que renunciar á la evocacion de Enriqueta, á llamarla en su auxilio: desdeñaba de aparecérsesele, ni aun para huir al instante. Sola Ester reinaba en su loca imaginacion. En vano pretendia espulsarla; siempre volvia cariñosa, sensual, provocante, voluptuosa, soberbia siempre!

A cada paso que daba en su habitacion, en el nido de sus amores, como él decia en otro tiempo, veíala erguirse ante él, elegantemente vestida, coquetamente peinada, ó en el desórden de la pasion, con el cabello suelto. Surgia junto al piano, y él la oía cantar, con su caliente voz, una deliciosa romanza de su país. Volvíala á ver, un instante despues, estendida sobre el sofá, inclinada plásticamente hácia atrás, con la mirada y el pensamiento flotando entre un recuerdo y una esperanza. Si al fin cerraba los ojos para no verla un esquisito perfume, del que ella sola poseia el secreto, se escapaba de la entreabierta alcoba, y llegaba hasta él, embriagándole. Si salía para evitar estos aromas y estas visiones, volvíasele á aparecer en el paseo donde la habia visto por vez primera, en la tienda ante cuyo escaparate se habia detenido con ella, en la calle por donde pasaban juntos todos los dias; ¡el empedrado de París le hablaba de ella!

Sintióse al fin vencido, humillado, y seis dias despues del rompimiento, no pudiendo mas, corrió á casa de Ester.

XXII.

La habitacion de la calle de Séze estaba desocupada.

Ester habia partido el dia anterior, sola, sin decir á donde

iba, sin dejar indicio alguno que permitiera buscarla y encontrarla al cabo.

Solo entonces supo conocer Vandelle hasta qué punto la amaba, qué pérdida acababa de sufrir, y cuán poco se parecía aquella estraña mujer, encontrada al azar en el torbellino parisien, á todas las demás que él habia conocido.

¡Qué lazos tan poderosos le unian á ella! ¡Qué huella tan indeleble habia impreso en su cerebro! Habia marcado en él sus iniciales con hierro candente, y cada dia estas iniciales se hacian mas profundas, se hundian mas y mas! ¡Ya no eran una cifra, antes bien una llaga viva, sangrienta!

Buscábala él, hacia mil esfuerzos para hallarla, corria desatinado á todos los sitios en que calculaba habria podido refugiarse!

¡Vanos esfuerzos! Ester se habia sustraído á toda clase de pesquisas.

Y mientras tanto, los asuntos de Vandelle iban de mal en peor; se le inducia á que volviese á su país, á que celebrase el casamiento que le habian propuesto.

Por poco que tardara en decidirse, la ruina estaba encima, la miseria le esperaba!

Despues de haber perdido á Ester, ¿iba á perder el último recurso que le quedaba, para reconquistar su fortuna?

FIN DE LA PRIMERA PARTE.

PARTE SEGUNDA.

I.

En la falda de una colina, que baña el Garona antes de unirse al Neste, y á pocos pasos de la aldea de Montréjeau, existe una bonita propiedad, conocidísima de todos los que viajan por los Pirineos. Es la casa de Vandelle. Depende del ayuntamiento de G**, y la verja principal del parque, dá al camino que conduce á la estacion del ferro-carril. Cerca de esta verja, álzase un magnífico pabellon Luis XIII, casa de vigilante ó de amigo que desee la soledad; compónese de una gran pieza baja con chimenea gótica de madera esculpida, muebles de la época, y antiguos tapices representando á la reina de Navarra rodeada de su corte. El primer piso solo tiene dos cuartos de dormir, amueblados á la moderna. El tejado se halla cubierto de pizarras nuevas. Nada hay que estrañar en que Enrique de Vandelle propietario y director de la mejor fábrica de la provincia, hoy en auge, cuide con esmero los lugares que habita, y sobre todo el edificio que acabamos de reseñar, sitio en donde pasó su primera juventud. Dos paseos arrancan de este pabellon, conduciendo á la casa principal, de construccion moderna, edificada sobre los restos de un castillejo del siglo XVI. Por un capricho del propietario, estos paseos en lugar de conducir directamente